

Lector con capacidades especiales

Toño Malpica

Hace no pocos días ocurrió un incidente que le dio la vuelta al mundo. Al menos al mundo que tenemos más a la mano. Un incidente que, de tan visitado, ya es hasta chocante pero que, en el fondo, transformó a más de tres. No abundaré demasiado en ese incidente, aunque sí lo he de traer a la memoria con fines meramente prácticos. A cierto candidato de renombre le pidieron, en una feria de libro, también de renombre, que mencionara los tres libros que más lo hubieran marcado en su vida. Chocante volver a las bromas desprendidas de tal incidente. Y más chocante aún agregar una más. Porque la respuesta del candidato es tan conocida que, pregunten ustedes a un niño en una escuela quién es el autor de la frase "los valientes no asesinan" y pondrá cara de "sepa", pero pregunten quién es el candidato que no lee y todos reponderarán a coro el nombre y hasta con quién está casado y en qué número de la revista Quién aparecieron presumiéndonos su casa.

En todo caso, dije que sólo mencionaría el incidente con fines prácticos y no pienso desdecirme. Lo cierto es que, a partir de tan embarazoso balconeo del bien peinado hombre en cuestión, hubo, aunque ustedes no lo crean, un sacudimiento en la conciencia cultural de la sociedad. Repentinamente, muchos se empezaron a preguntar qué tan importante sería tener a la mano tres títulos (de preferencia, que ninguno fuera la biblia o "La silla del águila", no vaya a ser) en caso de ser cuestionados a sangre fría por algún inoportuno, ya no digamos un reportero incómodo en una sala atestada de gente sino hasta la cuñada del cabello oxigenado, el tío con el departamento lleno de gatos o hasta el casero al que se capotea cada fin de mes con una nueva y reluciente excusa para no pagar la renta. Así que... ¿y cuáles son tus tres libros? Horror si no se tiene la lista en la punta de la lengua, es decir "lista" a ser desembuchada como si fuera lo más natural del mundo. Porque tanto hoy, como desde el principio de los tiempos, el estado llano -es decir el pueblo, la raza, la banda, nosotros pues- aborrece ser comparada con la gente del poder y, entre más se pueda ridiculizar a uno de arriba, menos quiere uno parecersele.

Así que, a la manera en que Groucho Marx afirmaba que la televisión es educativa ("En cuanto alguien la enciende, yo salgo de la habitación y abro un libro"), así fue benéfico este penoso incidente en la promoción de la lectura en este país. Aunque ustedes no lo crean. A leer se ha dicho, no vaya a ser que te agarren de bajada, te comparen con tú ya sabes quién, te empiecen a colgar compromisos incumplidos y hasta te silben la tonadita de alguna

telenovela en cuanto te vean venir, únicamente porque no puedes mencionar tres libros a la primera provocación.

Pero esta reflexión en torno me lleva a otra cuestión que me preocupa más y que he detectado desde que me empecé a enganchar en el negocio de la lectura: La lectura como competencia: La lectura como instrumento de comparación: La lectura como deporte de contacto. En específico: Dime cuántos libros lees al año y te diré quién eres. Y no sólo quién eres sino también qué suite de Bach es tu favorita, qué cosecha de Chardonnay prefieres y cuál es la película de Tarkovski qué más te va. Desde que entré en el negocio de la lectura... y con esto quiero decir, desde que empecé a leer más allá del libro de texto gratuito de Lecturas de Español, me di cuenta de que esto también puede ser utilizado como un pretexto para el ninguneo, la descalificación y el esnobismo. Para el foul y la zancadilla. Dime cuántos libros lees al año y te diré si vale la pena que te agregue en facebook, te salude en los pasillos de Bellas Artes, te presente a mis primas las que edecanean en el súper...

Sí, la lectura también puede ser un deporte de contacto. Y más de uno estará dispuesto a sacarte el mole si te descuidas y bajas la guardia. Yo, por ejemplo, que no vengo de una familia de grandes lectores, tuve que abrirme paso a través del mundo de la lectura con mis propios descubrimientos y mis propias equivocaciones. En la casa de mis padres sólo se leían el Seleccionados, el Contenido y la segunda del Ovaciones, y durante mucho tiempo, en mi vida de estudiante y luego de burócrata, luché contra el sueño en el metro y los camiones leyendo al Hígado de Juan hablar en primera persona y a la tía Alma dando consejos mordaces a los corazones rotos. (Aunque, ya que viene a cuento, prefiero no hablar de la página tres del insigne diario mencionado, que a más de un nostálgico arrancará suspiros). Coqueteaba con la lectura, sí, aunque la calidad de los textos que me llevaba a los ojos dejaba mucho que desear. Al menos, en un sentido literario, quiero decir. Uno de los primeros golpes de este rudo deporte que recibí en la vida vino de un amigo mío que, luego de pedirme el baño y descubrir el último Seleccionados sobre la caja del excusado, al salir me dio una cátedra del porqué no debía leer una novela condensada y porqué los comunistas no eran tan malos como pretendían hacerme creer y porqué estaba desperdiciando mi vida si no era de los iniciados en los mitos de Cthulhu.

Vale la pena decir que el individuo tenía razón. Pero yo en ese entonces simplemente leía. Leía porque quería hacerlo y porque me gustaba arrastrar las pupilas por las líneas de lo que fuera. Sin cuestionar demasiado doctrinas, ocultas intenciones o calidad literaria. Leía y ya. Pero aprendí dos cosas de este primer zarandeo: una, que sí puedes ser juzgado por lo que te llevas a los ojos y dos, que los comunistas no son tan malos como pretende hacerte creer el

Selecciones. En todo caso, me di a la tarea de ser más cuidadoso con lo que escogía en materia de lectura. Y decidí que sería mucho mejor que me vieran en el metro leyendo "La náusea" de Sartre que un Contenido viejo y deshojado.

Y advertí que surtía efecto. Incluso con mis compañeros en la oficina logró cierta reacción. Me veían leyendo "Así hablaba Zaratustra" y algo cambiaba en su apreciación de mí. Seguro pensaban "maldito loco" o "maldito posado" o "maldito loco posado". Pero igual no faltaba el que asentía, como diciendo "a éste sí le presentaba a mis primas las que edecanean en el súper". No obstante, lo cierto es que no era una forma de leer sincera, era una forma de leer entre loca y posada y con ínfulas; una forma de leer que, a lo mucho, me hacía sentir que estaba haciendo lo que se esperaba de mí, y no lo que yo quería hacer. (A la fecha no sé de qué demonios hablaba el tal Zaratustra, honestamente.)

Con todo, aprendí a conocerme como lector. Comprendí que, ya que había llegado tarde a la fiesta, lo mejor era relajarme, tomar una bebida, disfrutar de la música y pensar de forma optimista. Quién sabe, a lo mejor hacía contacto visual con una chava. A lo mejor descubría a algún viejo conocido a la distancia. Quién sabe. Pero, en todo caso, relajarme. Porque sí, en efecto, llegué tarde a la fiesta.

A muchos les sorprende que no haya sido niño lector. Que no haya leído, ya no digamos "El Principito", sino los cuentos de hadas que teníamos haciendo polvo mi hermano y yo en la caja de los juguetes. No, no fui niño lector. (Las historietas no cuentan). Y por eso, cuando llegué a la lectura, llegué con tanto retraso. Y me di cuenta de que, cuando muchos de mi edad ya estaban hasta convenciendo a alguna chava de irse a otro lugar menos ruidoso y menos iluminado, yo ni siquiera había hecho contacto visual con ninguna. (Okey, me gusta la metáfora de la fiesta, qué le vamos a hacer). Pero así me sentí cuando descubrí todo lo que tenía al alcance de la mano, todo lo que tenía por leer y el tiempo enorme que había desperdiciado leyendo a La Pequeña Lulú cuando pude haber leído a Dostoievsky. (También metafóricamente hablando: no conozco ningún niño que tenga un poster de Raskolnikoff en su habitación, afortunadamente). Pero había que poner manos a la obra cuanto antes.

Y por eso, cuando descubrí que nada ganaba haciéndome el interesante con Nietzsche y Schopenhauer, decidí relajarme. Conocerme mejor como lector, tal cual apunté ya hace rato. Volver a disfrutar de la lectura. Lo repito (y subrayo) porque es importante: Disfrutar de la lectura.

Y ahí fue donde vinieron otros tantos golpes. Ya no del contrincante en turno sino del campo de entrenamiento.

Descubrí, como quien se mira al espejo y ve que tiene los ojos bizcos, que era muy lento para leer. Muy lento. (Y, además, olvidadizo, pero eso es materia de otra disertación).

Lento. Lentísimo.

¡Acabáramos!

Y si a eso agregamos que me enamoré tanto de las letras que se me ocurrió que tal vez podría yo también practicarlas, estaba en aprietos. Verdaderos aprietos.

(¡Acabáramos parte 2!)

Porque... ¿a quién se le ocurre dedicarse a escribir si no conoce de primera mano a Amadís de Gaula, a Maqroll el gaviero, a Fabrizio del Dongo? ¿Ya que es tan lento para leer que tarda hasta un mes en terminar una novela policiaca, cómo pedirle que se entere siquiera de lo que pasa en una saga repleta de empresas y tribulaciones?

Sí. Llegué tarde a la fiesta. Y la fiesta era una enorme biblioteca. Y yo, de esta biblioteca, conocía apenas un mínimo estante. ¿De veras quería ponerme a escribir si no era capaz de identificar un estilo, una escuela, una corriente literaria? Hablando de áreas de competencia, un escritor debe leer, punto. Y debe leer mucho. Es un axioma que no vale la pena ni de ser discutido. ¿Pero qué pasa con un escritor que empezó a leer muy tarde y que, además, lee muy lento y que, además, es olvidadizo? (¡Acabáramos parte 3! (“No more mr. Nice guy”)).

¿Qué cabida tiene, en el mundo de la cultura, un escritor que no ha leído la obra completa de Tolstoi, que jamás ha tenido un libro de Updike en la mano y jamás se acercó al Cándido de Voltaire?

¿Qué, por amor de Cervantes, puede hacer un tipo así en una fiesta como ésta?

Pues, en todo caso, una sola cosa. Relajarse y esperar lo mejor. Tomar una bebida, sonreír con la música... y etcétera, etcétera, etcétera.

Porque, a lo largo de tantos años, he descubierto que de nada sirve forzar la máquina. Leer por disciplina a todos los premios nobel nomás porque son premios nobel. Y porque, en alguna tertulia alguien mencionó al azar que Halldor Laxness es soberbio cuando tú no tienes ni idea de cómo se escribe su nombre o de qué país es. Y sí da pena, cuando uno es escritor y hasta es invitado a dar conferencias. No deja uno de sentirse lector con capacidades diferentes. Al menos, diferentes a las que espera el mundo de ti. (Leer a todos los nobel, opinar con conocimiento de causa sobre Kierkegaard, citar al vuelo a Wilde).

Pero, para ser honestos, lectores somos todos.

Y cada quien con sus propias capacidades. Especiales todas. Diferentes todas.

Y eso incluye a aquellos que levantan la ceja cuando se enteran que no has leído el "Cándido" de Voltaire o "La cartuja de Parma" o "la Sonata Kreutzer". (No, no los he leído, ¡Soltad a las fieras, detonad los cañones, publicad en el facebook, balconead al bellaco!).

Capacidades especiales tenemos todos, desde el que lee con parsimonia y moviendo los labios hasta el que agota 500 páginas de una sentada.

Aunque ahora se haya puesto de moda aquello de dime tus tres libros y te diré qué puesto te mereces.

Yo, como escritor, y cumpliendo con el axioma ese que no vale la pena ni discutir, leo. Vaya que leo. Todo el tiempo leo. Siempre tengo dos o hasta tres libros abiertos, regados por la casa. Y cuando salgo, a casi todos lados cargo un libro, por aquello de las esperas "inesperadas". Y hasta he leído la obra completa de algunos autores (como Juan Rulfo o J.D. Salinger, no te burles). Pero de eso a que pueda presumir en un blog, mes con mes, los diecisiete títulos que agoté con una mano en la cintura y otra mano en el twitter, hay mucho trecho. Mucho, mucho trecho. Sí, leo. Pero leo a mi ritmo y a mi paso.

Y ahí estuvo el gran descubrimiento. Leo a mi ritmo y a mi paso.

Como todos. Desde los que levantan la ceja hasta los que agachan la cabeza. Todos.

Acaso la cita más sobada cuando de leer se trata es aquella de Borges en la que dice "que otros se jacten de los libros que han escrito...". Acto seguido, el maestro hace referencia a los libros que ha leído. Y de ahí el que tengan la cita tan manoseada (incluso se encuentra en google con diversas variantes en la redacción). El caso es que el maestro dice, tal cual, "A mí me enorgullecen los libros que he leído". En ningún lado dice "a mí me enorgullecen los trece mil doscientos cincuenta y un libros que he leído. ¡Y voy por más, che!". No, no dice nada de eso. Incluso vale la pena recordar que muchos de esos libros ni siquiera los leyó él sino que se los leyeron. Y esto, por supuesto, es un contrasentido cuando se refiere a lectura rápida. Ninguno de nosotros ve a Borges carrereando al lector en turno. "Sí, sí, María... ya comprendo. El chico toca el tambor, no creció en lo absoluto y rompe cristales a distancia. Comprendo perfecto. Ahora bríncate al final que tengo cita con Bioy a las cuatro".

Aquí es donde me gustaría decir... con calma y nos amanecemos.

No son carreras... ¡carajo!

¿Conocen esa cita de Woody Allen respecto a la lectura rápida? "Tomé un curso de lectura rápida y pude terminar Guerra y Paz en veinte minutos. Creo que decía algo de Rusia".

Que no son carreras... ¡doble carajo!

Cada uno a su paso y a su ritmo. Y cada uno a la letra que le guiñe el ojo.

Si no puedes con “Paradiso” (como yo), vete con el libro de al lado. Y si no, el de al lado. No que toda la letra tenga que ser fácil, pero mientras no seamos un verdadero país de lectores, vámonos enamorando de a poquito. Si no puedes con los nobel, no pasa nada. Ahí están los policiacos, los de terror, los de naves espaciales, los de hadas y duendes...

Que no son carreras... ¡triple...! (Okey, queda entendido, no me vaya a caer la censura con su aplastante poder silenciario. (Si hasta ahora no me ha caído pese a las referencias al último galán de Gaviota, para qué tentar a la suerte)).

¿De dónde salió esa infame estadística de que los mexicanos leemos menos de dos libros al año? Ajá. ¿Y si esos dos libros fueron la “Crónica del pájaro que da cuerda al mundo” y “La montaña mágica? No vayan por ahí leyendo siete libros de cuarenta páginas nomás por ganarle a la estadística. Nomás para poder decirle al casero, en el próximo encuentro en el pasillo. "Sí, okey, sigo retrasado con la renta, pero yo ya leí siete libros y apenas estamos en octubre. ¿Y usted, capitalista bueno para nada, cuántos ha leído?". Al diablo con esa estadística, además, mal diseñada. Otra cosa sería si el cuadro hablara de páginas o de líneas o hasta de caracteres... pero no quiero caer en el rollo de las mediciones porque el punto es completamente otro. No hay que leer por ser mejor que el de al lado (se peine como se peine o tenga las aspiraciones que tenga). Hay que leer por placer. Hay que leer porque la letra te hace ojitos, tú se los contestas y, en menos de lo que te enteras, ya están haciendo planes para irse a un lugar menos iluminado y menos ruidoso y 2x1 en las bebidas.

Cada quien a su paso y a su ritmo. Y al texto que le resulte placentero.

Detente todos los minutos que quieras en una sola línea porque su belleza te parece prodigiosa y digna de ser venerada, aunque el de al lado ya vaya en el último tomo de Juego de Tronos. Degusta el libro completo, lee a Baricco en un año entero si te parece y apétécelo día con día. Regresa sobre cada uno de los pasajes del Quijote y abraza a Sancho en cada sinsabor de la jornada. Rescata azarosamente a esos viejos libros que te conmovieron indefectiblemente en su momento, incluso si son infantiles. No es absolutamente necesario correr por el Best Seller de moda sólo porque el del escritorio de al lado te lo pasea por la cara.

Yo lo comprendí demasiado tarde. Y perdí demasiado el tiempo a las prisas y en la pose. No hagas tú lo mismo. La lectura es un acto de amor, amor con uno mismo. Y, a menos que no te quieras, haz lo mismo que haces cuando pones un disco: no te presiones, no te urjas, no te impacientes. Nadie le da un fast-forward a ninguna rola en el ipod, nomás porque “ya captó la idea”. Con los libros es aún mejor. La letra va a la par del que la lee, y depende

de cada uno acariciarla, sentirla, aprehenderla... o sólo verla volar, tornarse borrosa, apenas esbozar una idea.

Nadie se atraganta con el vino o el café sólo porque ya le urge avanzar a lo siguiente, darle alcance a la estadística.

Hay que leer porque se desea hacerlo, no porque se tiene que hacerlo. Ni siquiera por el miedo a confundir a Krauze y a Fuentes en youtube y alcanzar el millón de reproducciones en menos de una semana. Hay que leer por placer, a su ritmo y a su aire.

Como sea, acaso el mejor consejo sobre la lectura es aquel de Virginia Woolf: no seguir ningún consejo. En cambio, sigue tus instintos, usa tu razón y llega a tus propias conclusiones. Verás que, a la larga, te interesará más releer, cuantas veces sea necesario, ese libro que te habló, en su momento, al oído, que devorar la última de los chismes carnales entre Hidalgo y Josefa sólo porque es la novela de la que todo el mundo está hablando.